

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
<i>Primera parte. ESPAÑA</i>	21
<i>Segunda parte. LA GUERRA MUNDIAL</i>	191
<i>Tercera parte. EL MUNDO DESPUÉS DE LA GUERRA</i>	343
<i>Epílogo</i>	467
<i>Índice onomástico</i>	473

CAPÍTULO 3

Cada vez se estaba viendo más claro que el esperado asalto de Madrid no iba a tener lugar, al menos no durante un largo tiempo.

Reforzada con el apoyo de las Brigadas Internacionales y la llegada de armas, medios acorazados y aviones de Francia y de la Unión Soviética, la resistencia republicana se había hecho más dura y había frustrado cada intento de los nacionales por rebasar las defensas de la ciudad. Madrid era todavía el principal objetivo nacional, pero las operaciones se enfangaban en la guerra de trincheras y en la lucha callejera, donde la caballería no tenía nada que hacer; si quería ver algo de acción tendría que conseguir un traslado a la infantería.

Visitando Toledo un día, con permiso del Escuadrón, cené con un grupo de seis parlamentarios del partido Conservador Británico, que estaban visitando las áreas de guerra con su correspondiente oficial español acompañante. Al final, resultó ser un antiguo oficial regular de Caballería²⁷ que había luchado en las guerras marroquíes de los años 20 y que había estado en Inglaterra durante sus años escolares y hablaba inglés perfectamente —aunque su carácter y temperamento eran totalmente españoles—. Le rogué que me consiguiera un traslado.

«Te lo arreglaré mañana», me aseguró. «Voy a llevar a estos parlamentarios a echar un vistazo al frente mañana y podré hablar con mi amigo el Coronel Rada²⁸. Manda el sector central y además es también el inspector general de los ‘Requetés’».

²⁷ Se refiere al conde de Alba de Yeltes, D. Gonzalo de Aguilera Munro (1886-1965), por entonces dedicado a acompañar a los corresponsales extranjeros como oficial de prensa y enlace dado su dominio del inglés, francés y alemán entre otros idiomas (N. del T.).

²⁸ D. Ricardo de Rada y Peral (1885-1956). Participa en la campaña de Marruecos y se acoge al retiro con la Ley Azaña. Afiliado a Falange y jefe de sus Milicias, se pasaría al carlismo en 1935, siendo Inspector General de

Cumplió fielmente su palabra. Pasé la Navidad con el Escuadrón animado por mi ascenso a sargento. El día de San Esteban —26 de diciembre— partí hacia el cuartel general del coronel Rada en el suburbio madrileño de Getafe.

Pasé aquella noche en Toledo y llegué a Getafe por la noche en medio de un bombardeo artillero. Bajando de la parte de atrás del camión me puse a caminar con dificultad con mi maleta a lo largo de la calle principal, totalmente desierta, tropezando de continuo con los escombros que estaban esparcidos por la carretera, hasta que alcancé el cuartel general de Rada en uno de los hotelitos que había a un lado de la calle; un teniente ‘requeté’ que hablaba algo de inglés me presentó al coronel. Rada era un hombre encantador, pequeño y rechoncho que hablaba con un fuerte acento ‘andaluz’ haciendo casi imposible para mí entender ni una palabra. No obstante, me explicó a través del teniente que me iba a enviar a los suburbios de Carabanchel Bajo, donde las posiciones estaban muy próximas al enemigo.

«Tú encontrarás algo de acción allí», me aseguró.

A la mañana siguiente le encontré hablando con un joven alto y delgado, oficial del Ejército de apariencia demacrada y al que me presentó como el teniente Urmaneta²⁹ [*sic* por Urmeneta] quien tuvo la amabilidad de hablarme algo en inglés.

«Podemos ir a Carabanchel Bajo» me dijo Urmaneta, «y te presentaré a nuestro comandante en jefe el Comandante López Ibáñez³⁰».

Agradecí al coronel Rada su ayuda; él me sonrió: «Vete con Dios».

El camión paró de golpe y me di con la cabeza en el parabrisas. Urmaneta que iba a mi lado en la cabina del conductor me sonrió burlonamente cuando bajábamos la calle bajo una lluvia fina y que calaba hasta los huesos. Por delante de nosotros la carretera terminaba en una alta barricada de sacos de arena con un centinela apostado detrás. Era una escena nada halagüeña: casas

Requetés. Hizo una gran carrera durante la Guerra Civil en donde asciende a General de Brigada. En 1946, fue nombrado Teniente General (N. del T.).

²⁹ Miguel Javier Urmeneta Ajaunarte (1915-1988). Estuvo afiliado al Partido Nacionalista Vasco, aunque durante la Guerra Civil, se alistó como voluntario con los requetés. Durante la Guerra, alcanzó el empleo de capitán de infantería y jefe habilitado de Batallón. Participó en la División Azul y tras la repatriación se diplomó en Estado Mayor y amplió estudios en Estados Unidos. Alcalde de Pamplona de 1957 a 1964, presidente de la Caja de Ahorros y diputado foral de 1964 a 1971, profundo conocedor del euskera (N. del T.).

³⁰ D. Joaquín López Ibáñez, pertenecía como capitán al Regimiento Argel de guarnición en Cáceres al inicio de la Guerra (N. del T.).

de ladrillo rojo desnudo y en ruinas y una calle llena de cascotes y agujeros de proyectiles. Los únicos sonidos eran el ocasional impacto de una bala sobre las fachadas y el estruendo apagado del fuego artillero en el norte.

A la derecha de la barricada había una casucha de madera reforzada con sacos de arena; dentro, el olor del aceite para armas se mezclaba con el hedor del tabaco barato, ropas húmedas y hombres sin lavar. Había tres soldados tumbados alrededor de una ametralladora Hotchkiss, modelo anterior a 1914, cuyo cañón apuntaba a través de un agujero que atravesaba el ancho parapeto de vigas y sacos de arenas. A través del agujero vi un trozo de campo con hierba y detrás de él, a algunos cientos de metros de distancia, más casas y otra barricada que pertenecía al enemigo.

«Parece tranquilo, ¿no?», dijo Urmaneta «pero no asomes la cabeza o la perderás. Los hombres sin cuidado y...» todos nos agachamos en cuanto nos llegó un zumbido persistente seguido a la vez de una explosión y el ruido de fragmentos explosivos.

«Una bomba de mortero», explicó, «Los tenemos todo el tiempo y no puedes oírlos cuando vienen. Vamos a comer».

Tomando nuestro camino a lo largo de desechos de casas en ruinas y de estrechas y sinuosas trincheras, llegamos al refugio donde Urmaneta tenía su puesto de mando de Sección; pasamos algunos puntos fuertes, cada uno con una vieja ametralladora o una Hotchkiss ligera, donde un centinela acurrucado de guardia y otros soldados estaban comiendo, fumando o durmiendo cerca de él. Los puestos estaban muy reforzados por sacos de arena apuntalados con sólidas vigas de madera y cubiertas con cabeceras de cama de hierro y piezas de muebles como protección contra las bombas de mortero. En otros lugares las defensas eran sólo trincheras muy superficiales donde nosotros teníamos casi que reptar, o toscas barricadas construidas de sacos de arena, cabeceros de cama, colchones, piezas de muebles y, en algún lugar, hasta un viejo violín; lo común eran las paredes de las casas con las ventanas tapiadas con ladrillos o bloqueadas con sacos de arena que dejaban sólo una aspillera para un fusil.

Por entonces, durante la comida, Urmaneta me explicó el asalto a Madrid que se había desarrollado durante su cerco —sería el último durante más de dos años—. Los nacionales habían tomado posiciones en la Ciudad Universitaria, la Casa de Campo y los suburbios de Carabanchel y Usera, es-

cenos de una lucha sangrienta e inútil que tendría lugar en los siguientes meses por cada uno de los dos bandos para intentar ganar un poco de terreno.

Nuestra sección formaba parte del 8.º Batallón del Regimiento 27 de Infantería de Argel, que estaba sosteniendo Carabanchel Bajo; el sector de Urmaneta discurría entre las casas y las calles en una desconcertante serie de entrantes y salientes que nunca conseguiría entender del todo; en algunos lugares nuestras posiciones estaban a seiscientos metros del enemigo y en otros apenas a diez. En los días bonancibles, las casas, cúpulas y agujas de Madrid eran claramente visibles, relucientes y húmedas por la neblina. Destacando entre todos, se alzaba el alto edificio de la Telefónica donde los republicanos tenían emplazado un puesto de observación para su artillería.

Los hombres de nuestra Sección eran casi todos ellos conscriptos, o ‘pipis’ según la jerga del Ejército, con un contingente de suboficiales profesionales, y la mayoría de ellos provenían de la zona occidental de Extremadura, donde el Batallón tenía su base; era buenos soldados, amables, voluntariosos y fríos ante el peligro y presentaban poco impacto por la tensión de esta prolongada lucha callejera. Su alta moral era debida sobre todo al propio Urmaneta, a quien la mayoría veía como a un padre; aunque era casi de su misma edad —y de la mía—, tenía una madurez y un sentido de la responsabilidad que iban mucho más allá de su edad. En los momentos de peligro se mostraba imperturbable y siempre controlando la situación, y su aire de confianza contagiaba a todos.

Por la tarde me presentó al Comandante en jefe, el comandante López Ibáñez. En el camino al cuartel general teníamos que pasar a través de un bosquecillo sobre el que Urmaneta me previno que era muy peligroso pues estaba expuesto al fuego enemigo. Parapetado tras una pared me susurró: «aquí es donde tenemos que correr. Mantente agachado y no pares de correr hasta que alcancemos la pared del otro lado». Habíamos recorrido sólo unas pocas yardas cuando las balas comenzaron a volar a nuestro lado, cortando las ramas e impactando en los troncos de los árboles. El Comandante, un hombre negruzco y grueso de bigote recortado, irradiaba autoconfianza y un buen y brusco humor.

«¿A dónde te gustaría ir?», me espetó. «Tenemos toda clase de posiciones aquí. Puedes ir a un lugar tranquilo o» —y me señaló a Urmaneta— «te puedes quedar con este oficial». Por preferencia o por educación elegí la última de las opciones y fue agradable percibir que Urmaneta mismo pareció feliz con la elección.

En Nochevieja un enlace llegó con órdenes para Urmaneta para que se presentara al cuartel general de la Compañía, cuando regresó parecía disgustado.

«Debemos trasladarnos esta noche a una posición muy mala, a la derecha en medio del enemigo. ¿Estás seguro que quieres venir?».

Era casi medianoche, cuando tras entregar el relevo a otra Sección, dejamos nuestra posición, formamos en la calle y nos trasladamos a pie a toda velocidad. Incluso ahora, recuerdo la oscuridad silenciosa y el frío amargo de aquel viaje, las estrellas titilando heladoras, las órdenes susurradas mientras se iban pasando a través de la columna, el tintineo apagado de las armas, el ruido ocasional y las palabrotas masculladas cuando alguno se tropezaba con una piedra y, a intervalos, el breve resplandor de la linterna. No era exactamente la clase de Nochevieja que mis amigos estarían celebrando en casa.

En la oscuridad era para mí imposible mantener la orientación; ya era bastante difícil seguir al hombre que tenía delante. Había una luz grisácea apenas perceptible en el cielo cuando Urmaneta nos mandó parar y se fue hacia delante para ver al Capitán jefe de la Compañía. Cuando regresó media hora después, me dijo: «quédate aquí con mi plana mayor mientras sitúo a los hombres en sus nuevas posiciones». Ellos siguieron arrastrando los pies en la oscuridad.

Era ya de día cuando volvió de regreso.

«Vamos. Quédate a mi lado. Cuando veas que me agacho haces lo mismo y corre como el diablo cuando te lo diga; algunos lugares son peligrosos para cruzarlos a plena luz del día. Sobre todo, cuando alcancemos nuestra posición, no hables, excepto en susurros porque el enemigo está muy, pero que muy, cerca».

Me quedé detrás de él, seguido por su asistente y sus dos enlaces. Fuimos tiroteados dos veces —yo me paré a ver de dónde venían— pero alcanzamos la primera casa de nuestra nueva posición sin pérdidas. Era un pequeño edificio de una sola planta con un patio que se abría a la calle y lo estábamos guardando con uno de los dos pelotones de nuestra sección³¹. Paramos para descansar mientras Urmaneta hablaba con el sargento al mando.

³¹ Una Sección de infantería española contiene dos medias Secciones, cada una de 20 a 25 hombres bajo el mando de un sargento. Lo que en inglés llamamos «pelotón» es la Sección española, mientras que lo que en inglés

Entre ésta y la otra casa, en nuestra posición, discurría una calle ancha y recta cuyos extremos estaban ocupados por el enemigo. Teníamos que cruzarla por un estrecho túnel de superficie formado por una línea de sacos de arena con troneras y techado con más sacos de arena y pesados tablones. Dos ametralladoras ligeras lo defendían, una apuntando en cada dirección de la calle; su anchura era sólo lo justo para que un hombre pasara junto a los defensores, aunque con dificultades.

Reptando por él llegamos a la principal posición y al otro Pelotón de la Sección que lo ocupaba. Había dos pisos y un patio. Una galería a la que se accedía desde el patio por una escalera abierta, rodeaba el piso superior; sus ventanas estaban tapiadas y con aspilleras. Escaleras abajo, Urmaneta estableció su oficina y dormitorios en dos habitaciones adyacentes a las que se accedía desde el patio; en una de ellas, donde comimos y dormíamos era una habitación desnuda de unos trece pies cuadrados, iluminada por una pequeña lámpara de carburo. El mobiliario consistía en un mostrador y unas pocas sillas con seis colchones repartidos por el suelo en los que dormíamos Urmaneta, su asistente, sus dos enlaces y yo mismo. Un ‘pelotón’ de moros —‘Regulares’— ocupaba dos habitaciones de una casa en ruinas, cerca de nosotros; no les concernía la defensa de nuestra posición pero estaban allí para reconocimiento, dar golpes de mano y un posible ataque por sorpresa. Eran unos hombrecillos siempre sonrientes de los que pronto nos hicimos amigos y que nos traían tazas de su dulce té con menta. Algunos de ellos, según me di cuenta, eran más rubios que yo mismo y uno tenía el pelo rojo.

Nuestra única línea de comunicación con el cuartel general de la Compañía era por el túnel, a través del cual teníamos que traer nuestros alimentos, agua, munición y otros suministros, y a través del cual también debíamos evacuar a nuestros heridos. La última, era una difícil y a menudo trágica operación. Sólo podía tener lugar de noche y así un hombre malherido podía, y a veces lo hacía, morir antes de recibir atención adecuada; no teníamos médico, ni tan siquiera personal sanitario alguno. Nuestra comida, la mayoría de las veces compuesta por filete de mulo o bacalao seco, era cocinada en el cuartel general de la Compañía y cuando nos llegaba estaba fría, dura y nada apetitosa; no obstante, el hambre pronto se encargaba de abrírnos el

llamamos «medio pelotón» es el Pelotón español, lo que lleva a confusión. Un ‘pelotón’ contiene tres ‘escuadras’, cada una dirigida por un cabo (N. del A.).

apetito. El agua era tan escasa que nadie se planteaba lavarse o tan siquiera lavarse los dientes. En pocos días todos estábamos infestados de piojos.

Los republicanos ocupaban las casas que nos rodeaban por tres lados con unas distancias de entre diez y treinta metros. Tenían nuestras posiciones localizadas desde hacía mucho tiempo y nos freían con fuego de morteros y bombas de mano tanto de día como de noche; cualquier conversación, aunque fuera en susurros, suponía a continuación una lluvia de bombas, molestando cercanas. Más aún, el enemigo parecía jugar al tiro al blanco con nuestra letrina situada en una habitación expuesta y destrozada de una esquina del patio, que nosotros visitábamos tan rara y brevemente como podíamos.

El temperamento español parece encontrar en la dureza y el peligro algo estimulante; a lo largo de las siguientes dos semanas, todos nosotros estábamos sorprendentemente contentos y animados. Sacábamos verdadero placer de los más pequeños detalles agradables: la llegada de una inesperada botella de coñac o un paquete de cigarrillos elevaban nuestro espíritu de forma desproporcionada.

Pero sufríamos una diaria sangría de pérdidas. Las bombas de mortero y las granadas no podían penetrar los techos ni los pisos reforzados con maderas y sacos de arenas, pero eran devastadoras para cualquiera que cruzara el patio y todos lo teníamos que hacer de vez en cuando. Muy a menudo oíamos una explosión fuera, seguida, tras un momento de silencio, por el patético sonido de las manos arañando la tierra y quejidos como de niño. Corríamos a rescatar un cuerpo retorcido y sangriento que llevábamos lo mejor y más rápido que podíamos a un colchón que había en el despacho. Se quedaba allí hasta la noche sufriendo —no teníamos anestésicos— si es que no se moría antes. Incluso nuestros muertos tenían que salir por el túnel porque no teníamos donde enterrarles.

Los francotiradores también nos causaban bastantes bajas; creo que los republicanos tenían a expertos servidores de ametralladoras situados en nuestros puntos más vulnerables. Nuestros hombres, también eran unos entusiastas del tiro y a veces se exponían ellos mismos al fuego con fatales consecuencias. Al principio Urmaneta no desanimaba a su gusto por hacer fuego, creyendo que esto mantenía la moral. Pero una mañana temprano le llevaron al despacho a nuestro cabo más antiguo, con un agujero sanguinolento e irregular en la frente y un pequeño orificio por detrás de su cabeza del que ma-

naba un poco de lechoso líquido raquídeo. Había sido un joven rubio animoso, un buen soldado y muy popular entre todos. Aunque obviamente estaba inconsciente, parecía que intentaba hablar; pero todo lo que pudimos oír fue un quejido continuo, como un estertor cada vez más apagado. Urmaneta se inclinó sobre él, recitando las oraciones de absolución y sosteniendo su propio crucifijo de oro sobre sus labios llenos de espumarajos. Cuando se puso derecho, oí a uno de los soldados murmurar: «Mateo era siempre demasiado confiado, nunca se ponía a cubierto».

A menudo me pregunto porqué intentábamos mantener una posición tan precaria, viendo que costaba en realidad mucho más de lo que merecía. Todavía no sé la respuesta, pero a lo largo de la Guerra ambos bandos defendían con gran tenacidad y a un alto coste algunas de las posiciones más inútiles y peligrosas.

Los dos meses previos de lucha habían convencido a ambos bandos de la tontería que era atacar calles fortificadas y casas a pleno día; pero teníamos que repeler con frecuencia asaltos nocturnos. Sobre las 8:30 de la noche del 2 de enero, Urmaneta y su sargento estaban sentados conmigo a nuestra mesa después de darme una lección de español en susurros; fuera, todo estaba tranquilo. De pronto, abrió fuego una de nuestras ametralladoras que estaba en el piso de arriba, seguido por una serie de explosiones sobre y alrededor de nosotros. En un momento, toda la casa se estremeció con el impacto de morteros y granadas; la noche reventó en un tableteo cacofónico de disparos de ametralladora y fusil. Arramplé mi fusil y seguí a Urmaneta y al Sargento a través de la puerta. En unos horribles segundos de peligro mientras atravesábamos el patio y subíamos la escalera de la galería, vi como toda la oscuridad se rompía con flases. Al ocupar mi puesto en una aspillera, me llegó claramente el sonido de granizo que hacían las balas al pegar en el muro que tenía enfrente.

Al principio no podía hacer blanco alguno en medio de la oscuridad y me basaba en el recuerdo que me quedaba para responder a los flases de los disparos enemigos; después nuestros hombres lanzaron granadas y pronto pude ya ver a la luz de las explosiones, figuras de sombras en el terreno de atrás y en los tejados y balcones de alrededor —aunque por muy poco tiempo como para poder dispararles—. Continué haciendo fuego hasta que me di cuenta de que era malgastar la munición. Urmaneta, evidentemente, pensó lo mismo, por lo que gritó detrás de mí «¡no disparéis hasta que podáis ver

vuestro objetivo!, esto va también por las granadas. Debemos conservar nuestra munición». Yo había tirado unas cuantas granadas, más por practicar y para darme a mí mismo la sensación de que estaba haciendo algo que por sus efectos reales; pero por cada granada que arrojábamos, el enemigo nos devolvía una docena entera. Afortunadamente, la granada común usada por ambos bandos era la vieja Lafite de percusión, un cilindro metálico como el de una moderna lata de cerveza, relleno de explosivo; una vez que el seguro se había quitado —una pesada cinta de seguridad que se desenrollaba al ir por el aire y activaba la granada— explotaba al menor contacto. Pero la envoltura era tan débil que había muy poco peligro en sus fragmentos y los efectos de la explosión se limitaban a unos pocos pies. Ésta no sería la última ocasión de la Guerra Civil en que yo tendría que agradecer que no estuvieran en uso las letales granadas Mills de la Primera Guerra Mundial —o al menos nunca se cruzaron conmigo—.

La batalla —o el tiroteo— continuó durante dos horas, entonces se apagó tan rápido como había comenzado. Atendimos a nuestras bajas —sólo cuatro heridos, uno de ellos grave—, apostamos guardias y nos fuimos a la cama.

Es poco probable que el enemigo sufriera más bajas que nosotros. Pero al haber efectuado su ataque y forzado su penetración en nuestras líneas yo no terminaba de entender cómo podíamos haber sobrevivido, porque ellos nos sobrepasan con mucho en número. Casi cada noche que siguió a ésta tuvimos este tipo de alarmas. A veces eran verdaderos ataques, como éste; lo más frecuente era que comenzasen por culpa de un nervioso servidor de ametralladoras o de un centinela ya fuera en un bando o en otro, que creía ver una sombra e iniciaba la alarma general. Era un enorme desperdicio de munición, pero los hombres, cuyos nervios estaban a flor de piel por el constante peligro y la falta de sueño, tendían a ver sombras.

Una mañana en la segunda semana de enero, Urmaneta vino al despacho después de hablar con su sargento. Susurrándonos que nos quedáramos muy quietos, puso su oído en el suelo y se quedó allí durante un minuto completo escuchando; entonces invitó al suboficial a unirse a él. Al levantarse, escribió una nota para que un enlace la llevara al jefe de la Compañía.

«¿Qué pasa, Miguel?», le pregunté, porque parecía muy preocupado. «Me temo que el enemigo está haciendo una mina bajo nuestros pies. Oigo sus

picos ahora mismo. Me temo que ellos estarán muy pronto justo debajo de esta casa».

Una nueva forma de hacer la guerra estaba comenzando cerca de Madrid. Los republicanos estaban empleando a los experimentados mineros de Asturias y Pozoblanco para excavar minas bajo las posiciones nacionales en Carabanchel y la Ciudad Universitaria, y eran francamente buenos en este asunto. De esta forma, los republicanos infligían serias pérdidas a los nacionales, incluso forzándoles a abandonar algunas posiciones a muy bajo coste para ellos mismos. Aunque los nacionales utilizaron a experimentados ingenieros de Italia y Alemania para parar el minado, poco pudieron hacer más que limitar sus efectos. Los nacionales, como contrapartida, empezaron a usar lanzallamas para atacar a los republicanos obligándoles a salir de sus posiciones. Su efecto en los habitáculos cerrados, según me contaron testigos presenciales, era devastador.

Felizmente, sólo tuvimos que soportar unos pocos días más de esta tensión insoportable. En la mañana del 13 de enero recibimos la orden de trasladarnos y poco después del amanecer efectuamos el relevo con una Sección de otro Regimiento lo que me causó una sensación de verdadera pena. Con toda la razón porque, tal y como había sentido, dos semanas más tarde esta posición en Carabanchel reventó con una mina; una Compañía entera pereció.